

general de la trama hizo poner en el informe médico final lo siguiente: «El cuerpo de Allende presentaba un noventa por ciento de alcoholemia.»

Una rectificación

Al regresar a Chile, el general Javier Palacios se encontró con la novedad de que sus tropas habían tomado «un Palacio de Gobierno rendido». Entonces, modificó sus declaraciones de Bogotá, y en la primera semana de octubre de 1973, ante los periodistas demócratacristianos y de derecha, los únicos sobrevivientes del periodismo chileno después del manotazo dado por los generales insurrectos a la prensa de izquierda, el general modificó su versión de la toma de La Moneda:

«En el momento de entrar por Morandé 80 se veía izada una bandera blanca en un palo, la que posteriormente resultó ser el delantal blanco de un médico y que fue puesto por la propia Payita, por orden del señor Allende. En esos instantes salían del edificio un número aproximado de 30 civiles, todos ellos miembros de la guardia personal (GAP), y muchos médicos que se rindieron ante nuestras fuerzas. Al subir al segundo piso de La Moneda, ésta ya estaba transformada en un infierno por efectos del fuego. Paralelamente recibíamos disparos sorpresivos de tiradores emboscados en algunas oficinas.»

Es decir, un gran cambio de una declaración a otra: en la primera no hay «bandera blanca» por ninguna parte, y sí existe «una resistencia» un «recibimiento a balazos»; tampoco hay «civiles» que salían rendidos en la primera declaración. Sólo hay combate violento, con defensores que gritan «el marxismo no se rinde».

En la segunda declaración, las cosas cambian: los civiles bajan rendidos, hay bandera blanca y algunos «disparos sorpresivos» de «tiradores emboscados». Quedaba claro que esta declaración fue hecha después de una larga conversación con el general Ernesto Baeza Michelsen.

Sin embargo, los porfiados hechos siguieron evidenciando al general Palacios en su segunda declaración «rectificada». Al contar su desplazamiento dentro de La Moneda, en orden cronológico, queda claro que corrió hacia el Salón Rojo. Es decir, no revisó primero los salones en buen estado, donde podría haber presuntos tiradores «emboscados» (entre esos salones estaba

el Independencia, donde se afirmaría más tarde que Allende se habría suicidado), y en cambio, corre al Salón Rojo, que está incendiándose, y al despacho presidencial, que también se incendia. ¿Por qué? Claro, nadie le preguntó eso al general Palacios en su entrevista de prensa, ni él habría respondido a esa pregunta. Y no lo habría hecho, porque el general Palacios corrió hacia el Salón Rojo para buscar el cadáver de Allende, que él sabía estaba en esas dependencias, según el relato del capitán Garrido, que le señaló cómo y dónde había ametrallado al ex Presidente de la República pocos minutos después de las 14 horas.

Dijo Palacios: «Mi impresión más profunda y fuerte fue ver incendiarse y destruirse el Salón Rojo y el gabinete presidencial, del cual solamente alcanzamos a salvar la espada de O'Higgins»... y el cadáver de Salvador Allende, debería haber agregado el general.

En seguida, la declaración «rectificada» del jefe de las fuerzas de asalto y ocupación del Palacio de Gobierno de Chile, pone sus palabras de manera más coherente con las del testigo fabricado por Baeza Michelsen, y rehuye los elementos principales de contradicción que ya vimos en los puntos 2 y 3 de nuestro examen anterior.

Relata Palacios, en octubre:

«Al continuar nuestro avance en el interior de La Moneda y abrir las puertas que daban acceso al Salón de la Independencia (salón privado del Presidente), nos encontramos con el espectáculo del señor Allende muerto, sentado en un sofá, por los efectos de dos tiros que él mismo se había disparado, colocándose la metralleta —regalo de Fidel Castro— bajo la barbilla, lo que le produjo una muerte instantánea. Al entrar en dicha sala, encontramos a un hombre joven, que al ser interrogado dijo ser el doctor Guijón, que atendía los servicios médicos de la presidencia. Sintió los disparos hechos por el señor Allende en los momentos en que abandonaba la sala, y volvió, pudiendo comprobar que después de haberles ordenado que se rindieran y abandonaran La Moneda, se quedó atrás, para suicidarse.»

Claro, al parecer, el general Palacios demostró ser un poco torpe para aprenderse declaraciones sobre sucesos que no ocurrieron, y su versión de lo que le dijo Guijón (de acuerdo al libretto del «suicidio para armar» que montó el general Baeza) no es muy exacta, e incluso contradictoria, pero en grado menor. Lo principal es que ahora desaparece el Guijón «tembloroso

